

Costumbres Mexicanas EL DIA DE MUERTOS

VALIENTE chasco se llevan los europeos si creen que voy á escribir un artículo lacrimoso. No existe nada de esto en la costumbre que hay en México de solemnizar el día de los fieles difuntos. Se trata de una fiesta tan alegre como la Noche buena, tomando de pretexto á los amigos y parientes que trasladaron su domicilio á los cementerios.

La fiesta se solemniza cambiando de trajes, es decir, es decir estrenando ropa nueva, quizá para recordar que nuestro cuerpo es un ropaje que cambiaremos el día de la muerte. Se manifiesta el sentimiento adornando los sepulcros con flores naturales y artificiales, y se deplora el fallecimiento de los deudos rellenándose el estómago los vivos con calabaza en *chacualole* y borregos de alfeñique.

Quince dias antes de la ansiada fiesta se nota un movimiento desusado en las calles y en el interior de las casas.

Entran á las tiendas de ropa viejas y pollas, pobres y ricos en busca de telas para vestidos, desde el raso de clase superior hasta la humilde manta estampada.

Es de ver como las pollas *cursis* se afanan en transformar sus sombreros y trajes cambiando flores y cintas, encogiendo ó alzando mangas y *colas* hasta que dan una copia exacta del figurin. En cada casa se oye el ruido de las máquinas de coser, ahogando las lamentaciones del desgraciado padre de familia que ha empeñado hasta la camisa ó ha recurrido al auxilio de los usureros para que estrene trajes su numerosa familia y se compren ceras y coronas para los parientes muertos.

Como en México no hay fiesta sin indigestión popular, los comerciantes se apresuran á armar sus tiendas y barracas en la plaza principal, para vender los dulces de costumbre, tales como calaveras de azúcar, borregos de alfeñique, *calabaza en tacha*, y frutas *cubiertas*.

Los vendedores de juguetes fabrican *tumbitas* de tejamanil y *entierritos* con sus *monaguillos* de papel y cabeza de garbanzo; otros hacen esqueletos de barro con su correspondiente guadaña en la mano derecha, y en la izquierda un hilo que por un sencillo mecanismo hace levantarse á un *fraile*, cada vez que la *muerte* mueve el brazo.

Llegado el día de la fiesta acude la gente á los panteones.

Los ricos se contentan con manifestar su lujo y su gusto, cubriendo los sepulcros con ramilletes y *bouqueteros* de cristal y encendiendo enormes cirios. Los curiosos recorren todos esos sepulcros, entreteniéndose en admirar los adornos, sin pensar en la fragilidad de las cosas humanas. Los novios se dan cita en aquélla república de la muerte, y cambian cartas y miradas, soñando con vivir mucho.

Se pasea en el cementerio como se pasea en el Zócalo ó en la Alameda, pensando en todo, menos en los difuntos.

La gente pobre, á pesar de sus preocupaciones y de su horror á la muerte, profana las tumbas de sus deudos y amigos, extendiendo sobre ellas blancos manteles, sobre los cuales almuerzan cabezas de carnero asadas en el horno y mole de guajolote, dejando el panteón convertido en un basurero con la inmensa cantidad de hojas de lechuga, pedazos de tortilla y huesos de las cabezas que comieron.

A las dos de la tarde se retiran los concurrentes á sus casas, y por la tarde salen á recorrer las calles para lucir los trajes que han estrenado.

Cuando hay jacalones en la Plaza principal, se pasa el resto del día y parte de la noche viendo las detestables representaciones de pequeñas comedias y zarzuelas, ejecutadas por cómicos de la legua, cuyo espectáculo termina con un baile algo más que deshonesto, cuyo trabajo desempeña una bailarina tísica vestida con un traje abigarrado. El tal baile enloquece a las *calaveras* de casa de vecindad, los cuales gritan hasta el fastidio dirigiéndose á la bailarina: ¡Otro Petronila! ¡Más arriba! ¡Callate cócora!. Y tras frases tan insulsas y falta de chispa y oportunidad como esta.

Las *pollas* y los *pollos* concurren al zócalo, y se pasean oyendo los acordes de la música militar y *recortando*, (palabras textuales) los trajes ridículos que llevan las personas de mal gusto.

A las doce y media de la noche ha concluido la fiesta de los muertos.

Apáganse los farolillos de papel que iluminaban al Zócalo y las barracas en donde se expenden los dulces.

Los muertos salen entonces de sus sepulcros y se lamentan de las profanaciones que sufrieron y del ruido que no los ha dejado dormir en todo el día.

Los habitantes de la ciudad se entregan al reposo y solo quedan en vela los padres de familia haciendo cuenta de lo que gastaron y de lo que gastarán en la próxima Noche Buena.

D. Ciriaco

(*El Centinela Español. Periódico Político y Literario*. T. I, n. 97, México, 31 oct. 1880, p. 2.)